



EL DOS DE MAYO. (1)



ELEGIA.

Animus neminisse horret, luctuque refugit.
VIRG. ÆN.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienas, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía.
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el TREMENDO DÍA
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno.
¡Mas quién el sempiterno
Clamor con que los aires importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Cabe el sepulcro frío
Al pálido lucir de opaca luna
Entre cipreses fúnebre la veo.
Yerta, asolada, y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

Al cielo vuelve que le oculta el llanto:
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero,
Lanza á sus pies rugido lastimero.
¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor horrible viento,
Que hasta las rocas y árboles quebranta,
De víctimas sin cuento
Llora la destrucción Mántua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped hominoso
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo,
¡Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Qué, como lobo en tímidos corderos,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infiel canalla que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña;
Acá retumba el espantoso trueno;

(1) Deseosos de consagrar una parte de este número á hacer conmemoracion de la heroica jornada cuyo aniversario se celebra hoy, hemos creído que nada seria tan grato á nuestros lectores como la reproduccion de esta magnífica y famosa elegía.

Y allí el joven lozano,
 El mendigo infeliz, el venerable
 Sacerdote pacífico, el anciano,
 Que con la arada faz respeto imprime,
 Juntos amaga su dogal tirano,
 En valde, en valde gime
 De los duros satélites en torno
 La triste madre, la afligida esposa
 Con doliente clamor: la pavorosa
 Fatal descarga suena,
 Y á luto y llanto eterno las condena.
 ¡Cuánta escena de muerte! ¡cuánto estrago!
 ¡Cuántos ayes dó quier! Desparorido
 Mirad otro infelice
 Quejarse al adalid empedernido
 De una cuadrilla atroz. ¡Ah! ¿qué te hice?
 «Esclama el triste en lágrimas deshecho:
 »Mi pan y mi mansion parti contigo:
 »Te abri mis brazos: te cedi mi lecho:
 »Templé tu sed, y me llamé tu amigo.
 »Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
 »Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 »Con dura muerte y con indigno ultraje?»
 ¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
 El mónstruo infame á sus ministros mira,
 Y con tremenda voz clamando: ¡fuego!
 Tinto en su sangre el desgraciado espira,
 ¡O Dios! ¿y á dó se esconden?
 ¿Dó están, ó cara patria, tus soldados,
 Que á tu clamor doliente no responden?
 Presos, encarcelados
 Por gefes sin honor que haciendo alarde
 De su perfidia y dolo
 A merced de los vándalos la dejan,
 Como entre hierros el leon, forcejan
 Con inútil afán. Vosotros solo
 Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
 Que osando resistir al gran torrente
 Dar supisteis en flor la dulce vida
 Con firme pecho y con serena frente:
 Si de mi libre musa
 Jamás el eco adormeció á tiranos,
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento:
 Allá del alto asiento,
 A que el valor magnánimo os eleva,
 El himno oíd, que á vuestro nombre entona,
 Mientras la fama aligera le lleva
 Del mar de hielo á la abrasada zona.
 Mas, ¡ay! que en tanto las sinestras alas
 Por la inmensa Metrópoli tendiendo,
 La yerma asolacion sus plazas cubre!
 Y al áspero silvar de ardientes balas,
 Y al ronco son de los preñados bronce
 Nuevo fragor y estrépito sucede.
 ¿Ois como rompiendo
 De moradores tímidos las puertas
 Caen estallando de los fuertes gonces?
 ¡Con qué terrible estruendo
 Los dueños buscan que medrosos huyen!
 Cuanto encuentran destruyen

Bramando los rabiosos forajidos,
 Que el robo infame y la matanza ciegan,
 ¿No veis cual se desplegan
 Penetrando en los hondos aposentos
 De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
 Rompen, talan, destrozan,
 Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Allí matando al dueño se alborozan,
 Hieren aquí su esposa amedrentada.
 La familia asolada
 Yace espirando, y con feroz sonrisa
 Sorben voraces el fatal tesoro.
 Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
 Mústio el dulce carmin de su mejilla,
 Y en su frente marchita la azucena:
 Con voz turbada y anhelante lloro
 De su verdugo ante los pies se humilla
 Trémula virgen de amargura llena.
 Mas con furor de hiena
 Alzando el corvo alfanje damasquino
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡Horrible atrocidad! Treguas, ¡ó Musa!
 Que ya la voz rehusa
 Embargada en suspiros mi garganta.
 Y en ignominia tanta
 ¿Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena?
 No: que ya en torno suena
 De Pallas fiera el sanguinoso carro,
 Y el látigo estallante
 Los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro casco, y el arnés brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su fulminante acero:
 Venganza y guerra resonó en su tumba:
 Venganza y guerra repitió Moncayo:
 Y al grito heroico que en los aires zumba:
 Venganza y guerra claman Turia y Duero.
 Guadalquivir sañudo
 Torna al bélico son la régia frente,
 Y del Patron valiente
 Blandiendo altivo la nudosa lanza,
 Corre gritando al mar: Guerra y venganza!
 Vosotras, ó infelices
 Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
 Robó á sus lares, y en fugaz gemido
 Cruzais los anchos campos de Castilla!
 Mientras la heroica España al fementido,
 Que á fuego y sangre de insolencia ciego
 Brindó felicidad, á sangre y fuego
 Le retribuye el don: sabrá piadosa
 Daros solemne y noble Monumento.
 Allí en padron cruento
 De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
 La vil traicion del Despota se lea:
 Y altar eterno sea,
 Donde todo el Español Galo jure
 Rencor de muerte que sus venas cunda,
 Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEGO.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



SAN FELIPE DE JATIVA.



SETABI pueblo antiguo de la Contestania, y uno de los municipios que concurrían al convento jurídico de Cartajena; en tiempo de la república romana correspondía á la España exterior: en el de Augusto á la Tarraconense, y después de Constantino á la Cartaginense. Hacen mención de esta ciudad Cayo Valerio Cátulo, Strabon, Plinio, Ptolomeo, Silio Itálico, Avieno, el Nubiense y otros.

La fundación de esta ciudad nadie duda que es muy antigua; y si atendemos á la derivación que le dá Bochart la pondremos entre los pueblos que fundaron los fenicios, porque dice, que Setabi se deriva de Seti-buis, que significa la trama con que tñen el lienzo ó tela muy delicada; esto concuerda muy bien con el delicado lino que allí se cogía, pues los lienzos de Setabi dice Plinio (1) eran los mejores de Europa.

La situación antigua de este pueblo era sobre un monte, cuya cima coronaba un castillo, que obligó á Silio Itálico á decir: (2)

...Celsa mittebat Saetabis arce.

Y a Rufo Festo Avieno. (3)

A'toliz inde se Sitana civitas,

(1) Libro 19 cap. 1.

(2) Libro 3 verso 371.

(3) Avieno verso 379.

Propinquas ab anni sic vocata Ibericis.

Esto es: Sitana la ciudad se ve en un alto, á quien por su río llamaron así los españoles. El padre Florez dice (1): «que el nombre de Sitana es lo mismo que *Sebitana Civitas*, y por eso Escolano escribe *Setaba*, debiendo decir *Saetaba*, por tener á su favor el hallarse así usado en Cátulo:» de aquí se deduce, que *Setabi* estaba en lo alto del monte, en donde ahora solo existen el castillo y algunos pequeños restos de aquella antiquísima ciudad: decimos pequeños restos, porque apenas se describen algunos vestigios de edificios romanos; sin embargo se conservan en la ciudad varias antigüedades ó inscripciones, siendo la mayor parte de estas sepulcrales, publicadas por Escotano, Diago, Ponz, Villanueva y otros, debiendo hallarse muy muchas en el grueso de las murallas del castillo; porque habiendo los moros reedificado ó aumentado aquella fortaleza, regularmente echarían mano de los fragmentos y materiales que allí había de los romanos. D. Antonio Ponz asegura que pocos años antes de escribir su viaje de España se habían hallado en la muralla del referido castillo junto á la puerta de la Almela tres lapidas de las cuales una es la siguientes:

Q. TUNIQ. F. GAL.

IVSTO II VIRQ

FLAMINI DIVI AVG.

D. Jaime Villaquera en su viaje literario de las iglesias de España pone tambien algunas inscripciones de lapidas halladas en su tiempo; pero lo mas cu-

(1) España sagrada t. 8, pág. 40, núm. 12.

rioso son dos monumentos de antigüedad cuyos dibujos acompaña en su tomo primero de dicha obra, á saber: una pila de agua bendita de mármol blanco que existe en la iglesia de San Felix que parece haber sido un capitel gótico escavado en su centro superior, con varios relieves muy toscos que representau la adoracion de los Reyes ó pastores al niño Jesus, que se halla recostado en los brazos de la Virgen; la otra es un sepulcro tambien de mármol, al parecer gentilico, pues que todos los relieves lo son sin distinguirse entre ellos la cruz ni sigla por donde pudiera opinarse pertenecer á época goda. Este monumento permaneció en dicha ciudad de San Felipe hasta el año de 1788, sirviendo de pila á una fuente que habia en la puerta llamada de Concoquina, desde donde fué trasladado á la casa de ayuntamiento, en donde permanecia poco antes de la guerra de la independencia.

La ciudad se halla actualmente situada al pié del referido monte, en un terreno llano y delicioso, á ocho leguas de Valencia, y como á media del camino real que va á Madrid.

Entre los autores que hacen mencion de Setabi, es Silio Itálico el que nos dá noticias mas antiguas: este escritor refiriendo los sucesos de la segunda guerra púnica dice: (1)

Illos inter clara thoracis luce nitebat
Sedetana cohors, quam Suuro rigentibus undis,
Atque atrix celsa mittebat Saetabis arce,
Saetabis ut telas Arabum sprevisse superba.
Et Pelusiaco filum componere lino.

Elogia Silio Itálico al escuadrón Setabilano, y los unos lienzo que competian con los mas famosos de Arabia. Cayo Valerio Cátulo, hace especial mencion de los excelentes pañuelos de Setabi: este feliz y fértil campo ha producido siempre frutos muy buenos; y si en el día se coga poco de aquel fino lino que tanto apreciaban los antiguos, es porque en su lugar crian la seda, cosecha mucho mas apreciable por su bondad y valor. Si ahora vivieran los Cátulos y Silios ¡oh cuanto mas bien podrian ensalzar con sus versos la más fina seda que se cria en este delicioso terreno!

El nombre de esta ciudad se escribia Saetabi, segun deducimos de varios monumentos antiguos: es verdad, que en Silio Itálico se lee Saetabis, y en Rufo Festo Avieno, Sitana, haciéndolo sin duda así para acomodarlo al metro. Sea este ú otro el motivo, que hasta ahora ignoramos, lo cierto es, que en las monedas que nos quedan de los romanos, siempre se encuentra escrito Saetabi, segun se prueba por la que se estampa á continuación.



Las monedas de Setabi que hemos representado con caracteres romanos, todas son biligrías, es-

to es, están escritas en dos lenguas, en la romana y en la celtibérica: en aquella siempre se encuentra Saetabi, y en esta hallamos estos cuatro caracteres,

M P P Y.

que tienen cierta correspondencia analógica con las letras griegas; y por eso no dudamos que la primera letra es M, la segunda igualmente es un Rho ó R, la tercera es un carácter ligado de N y C y la cuarta parece un cierto nexó ó abreviatura, que hacian los antiguos griegos, muy semejante al último carácter; por lo que sospechamos que es una Iota y Omega: de aquí resultan estas seis letras: M. R. NEIO; que leeremos de este modo: Municipio Romano de Neyo, ó mejor dicho: Municipio fundado ó reedificado por Neyo (1); este Neyo de quien hace mencion la moneda, es Neyo Scipion, el primer general romano que vino á España con ejército; pero si atendemos á lo que dice Silio Itálico (2) debemos creer que estas ciudades mucho mas antiguas que Gneyo Scipion; y así lo único que por ahora le concedemos á este héroe de la antigüedad, es haberla restaurado, y por eso los setabitanos estarian bajo la proteccion de la familia de los Scipiones (3), lo mismo que los de Sagunto lo estaban bajo la del emperador Tiberio, y los de Ulia de Marco Agripa, segun se deduce de la basa de estatua que en tiempo de Ambrosio Morales estaba en Montemayor, en la puerta de la fortaleza, dice así la inscripcion:

M. AGRIPPAE
PATRONO.

Así tenían los de Setabi á la familia de los Scipiones; y aun se puede creer que lo estarian del emperador César Augusto, cuando les concedió aquel tan alto y sublime renombre de Augustanos, gracia que obtuvieron muy pocas ciudades que aspiraron á la gloria de este honor: la inscripcion de la siguiente lápida lo confirma.

C. CLAUDIO
M. F. L. L. GELERI
EX DD.
SAETABI AVG
STANORVM.

Por otra inscripcion que trae Muratori como existente en la ciudad de Tivoli de los estados del Papa

(1) Los romanos escribian Gneyo con G, pero en nuestro vulgar idioma no suena aquella letra: el que ignora su origen escribe Neyo, y así parece lo escribieron los setabitanos.

(2) Véase al principio de esta descripción, en donde se ponen los versos del autor.

(3) Despues de instituir Rómulo las dos clases de patricios y plebeyos, previno que estos escogieran de aquella primera clase patronos que mirasen por ellos como padres, defendiéndolos de cualquiera injuria. Arregló tambien la mútua correspondencia de los Clientes para los Padres, y dió leyes á unos y á otros; las cuales se consentaban entre los romanos con tanta emulacion, que llegó á temerse por uno de los mayores timbres el que una familia gozase de numerosa clientela, procurando cada uno añadir á las heredadas otras nuevamente adquiridas; esto lo observaron tambien con las colonias y pueblos del imperio que escogian en la corte el Patron que mejor les parecia.

consta que Setabi era Municipio de España Citerior; véase lo que resta de la inscripción.

I. LICINIUS....
EX HISPANIA CI....
MUNICIPIO SAETABI
ANNORUM XXII. H. S. EST
LICINIUS
LAVENS ET

Esta ciudad conservó su antiguo nombre hasta la entrada de los moros en España; y como en el alfabeto árabe se carece de la letra S, se vieron precisados á sustituir en lugar de una S, su letra mas próxima Nim, y por eso desfiguraron muchas voces antiguas; y de Singulis dijeron Xiniil, de Suco Xucar y de Setabi Xetabi ó Xátiba: así prevaleció este nombre hasta principios del XVIII, en que se mudó en el de San Felipe, con el adjetivo de Xátiba, que es como ahora se llama.

En tiempo de los Godos hay repetidas memorias de Setabi en los concilios celebrados en Toledo. El primer obispo de esta ciudad de quien nos queda noticia, asistió al concilio tercero de Toledo, y el último al diez y seis: estos preladados firmaron en aquellos concilios, mas veces Setabitano, otras Setabiense, Sitaitano, Sitaniense y algunas Setanense. De esta variedad de pronunciaciones, dice Escolano (1) resultó llamarse esta iterra Sedetania ó Sedentania, y á su campo Sedetano ó Sedentano.

No sabemos si en la pérdida de España, Setabi se entregó voluntariamente á los moros, ó si resistió al poder Agareno; lo único que podemos sospechar, es que se rindió al mismo tiempo que Valencia (2) esto es, en el año de 715: en esta dominacion hace memoria de la referida ciudad el geógrafo Nubiense (3), que floreció á mitad del siglo duodécimo: está autor despues de celebrar á la ciudad Xátiba, y ponderar la hermosura de los pueblos circunvecinos, dice: que en la misma se hace un escelente y maravilloso papel. Casiri (4) nos asegura que Serageddin-Omar-Ben-Alnardi en su libro de geografia hace un singular elogio de la fábrica de papel de Xátiba; y Escolano (5), nos dá noticia de otro historiador árabe llamado Caan Acembengi el que alabando á Xátiba certifica: *que en su tiempo se labraba en ella el mas fino papel blanco del mundo*. Tambien nos consta que en Valencia habia fábrica de papel, pues reconociendo el Rey D. Pedro IV de Aragon en el año de 1358 que el papel que se fabricaba en Valencia y Xátiba se habia deteriorado en peso, forma y bondad, *mandó se fabricase como antiguamente*, cuyo real mandato se guarda en el archivo de la ciudad de Valencia (6): mucho favorece tambien á la gran antigüedad del papel del reino de Valencia un testimonio escrito ya en papel, que se conservaba

en el convento de las monjas de Santa Maria Magdalena de dicha ciudad de Valencia, que otorgó Guillen Vidal en el sitio de la misma ciudad, en la era 1276 que corresponde al año del nacimiento de N. S. J. C. de 1238. La materia de que se compone este papel es de una pasta algo gruesa y medianamente blanca. De todo lo dicho deducimos que el papel de Xátiba es antiquísimo, y por la historia del tal artefacto, que algun dia daremos á luz, sospechamos con algun fundamento haber sido el primero fabricado de lino en el mundo: gloria que no solo pertenece al reino de Valencia sino á toda España. En obsequio pues de aquellos ingeniosos y aplicados Setabitanos, pondremos aquí en seguida un extracto de la historia del papel, sacado del origen de la literatura del abate Andres, para dar una pequeña idea de como se propagó por Europa.

En la China y en las partes mas orientales del Asia, tuvo principio el papel que primero se hizo de seda. De la China fué llevado en 652 á Samarcanda en la Persia, y de aqui pasó á Meca en 706. En la Arabia y provincias circunvecinas se varió de materia para su fabricacion, sustituyéndose el algodón á la seda; y el papel de esta clase se esparció muy en breve por todas las provincias de Africa y Europa adonde se extendia el dominio Mahometano. Los griegos abrazaron desde luego esta útil invencion, y conservaron su uso por muchos siglos. Los árabes de España al princpio se sirvieron de papel de algodón traído de Africa; pero conociendo con el tiempo la escelencia de los linos que producía Xátiba, y casi todo el reino de Valencia, pensaron en hacer de ellos el papel; de aqui es que las fabricas mas antiguas son las de Xátiba y Valencia. Las provincias mediterráneas de España tardaron mas en hacer uso del nuevo papel; y se cree que Alfonso el Sabio fué el primero que lo introdujo en los reinos de Castilla; y que esta puede considerarse como la verdadera época de su propagacion por los reinos europeos.

La celebrada sabiduria de Alfonso hacia que se esparciera por las otras provincias la fama de sus empresas literarias; y la inmediacion y el comercio que tenia la Francia con la España, hizo en breve pasar á aquel reino una mercancia tan preciosa: en efecto en el año de 1270 ya se vé, empleado en la Francia en escritos de Joinville. De este reino se comunicó á Alemania, donde se encuentran instrumentos ya en el año de 1512; y de Francia ó tal vez de España pasó tambien á Inglaterra, cuyas memorias en esta materia ascienden al 1520. Italia, que por el comercio de Levante abundaba de papel de algodón, conducido á los puertos de Nápoles y Venecia, no se dió tanta prisa en adquirir el nuestro; y por consiguiente la primera fábrica que hubo de él en Italia se estableció en Padua y en Trevigi, hácia la mitad del siglo XIV.

Esta es en resumen la historia de aquel admirable invento, con que en el dia se logra la inapreciable ventaja de comunicativos y familiares los progresos de la literatura.

En fin, ya se ha probado la fama y escelencia de nuestra ilustré y antigua ciudad de San Felipe de Xátiba: ahora solo nos resta decir como D. Jaime I. de Aragon la conquistó á los moros el año de 1244 siendo su primer acto de soberania el encaminarse á la mezquita principal, la que hizo purificar y consagrar en templo del Señor.

(1) tomo II, columna 1117.

(2) Véase la descripción de Valencia antigua donde se pone una nota de los tratados de paz.

(3) Parte primera, pág. 180.

(4) Bibliotheca arábica: tomo II, parte primera.

(5) Ib. IV, cap. 2, columna 070.

(6) Existia poco antes de la guerra de la independencia en el referido archivo, en el cajón de los privilegios del connciado Rey D. Pedro.

Estuvo esta ciudad en poder de los moros 531 años.

BENITO MAESTRE.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

UNA BODA EN LAVAJOS.

Hubo una época en la que no se conocían en la carretera de Castilla las sillas de posta ni las diligencias aceleradas. Los viajeros envejecían en el camino y llegaban ermitaños á la corte los que habían salido barbilampiños de su casa. Los padres de la patria, por ejemplo, tenían el tiempo necesario para decir... un elegante tropo que vendría de molde en alguna réplica para la contestación al discurso de la corona.

Un mulo de maragato que las disputaba al carro mas pesado en lo de andar cinco y seis leguas por hora, era el punto intermedio entre la corte y las capitales de provincia de aquella parte de la Península. Al fin y al cabo simbolizaban una verdad: lo mucho que se tarda en el camino del movimiento comercial y literario. Los viajeros en esta lenta y penosa travesía por tierra, se levantaban á la madrugada para esperar, en el corral de una mala posada, los mulos del maragato, almorzaban frio ó caliente un pedazo de jamon mal cocido y peor envuelto en un papel mugriento, montaban en una enorme albarda donde se sentaban á guisa de ranas tomando el sol, sufrían el frio de la tarde, el calor del mediodía y el relente del amanecer, tropezaban acá y hucicaban acullá, comían cuando el maragato pedía descanso para su *receta*, una olla podrida y unas truchas con pimienta, pasaban parte de la noche al lado de un hogar donde unas como mugeres hablaban á la luz de un candil de garabato, cenaban sobre una mesa que coqueaba mas y mas á medida que se colocaba mejor y en alegre comandita con un perro que tomaba los faldones de una levita por ladrón encubierto, es decir, que los mordía, y un gato que afilaba las uñas en las campanas de las botas de los viajeros, y por remate dormían sobre el santo suelo, haciendo profesión de carmelitas sin venir á cuento. Algunas veces se cruzaban tambien, recreando el ánimo y aminorando estos contratiempos, aventuras originales y entretenidas, así como costumbres extravagantes, y venia á la memoria la oportuna reflexión de que los pueblos en el holgado desalino de los villorrios no tienen que echarse en cara las tradiciones populares cuyo origen se pierde en la encina secular del atrio de la iglesia parroquial, que es como si dijéramos, en la noche de los tiempos. Todos los pueblos—y esto lo decimos nosotros—en lo retirado de sus bosques y al pié de sus templos desalinados obedecen ciegamente á sus instintos de raza: el castellano viejo y el asturiano, lo mismo que el gallego y el catalán se divierten á su manera y sin tener en cuenta los caprichos de la moda y las exigencias de los nuevos hábitos. Las clases pudrán desaparecer en la filosofía de los libros, pero durarán siglos y siglos en las fiestas populares. Siempre habrá que mudar de traje y variar de inclinaciones al pasar de la roumeria al baile de máscaras.

Hé aquí, pues, lo que nos aconteció por los años de no se cuántos, cuando dimos con nuestro cuerpo, después de una furiosa tempestad, en el nunca bien ponderado pueblo de Lavajos: peloton de casas que se daba cierto aire á villa por sus estrechas y revueltas calles y la torre de su pequeña iglesia. Después de una jornada de nueve leguas descansamos en una posada, mas que venta, menos que meson, donde todo se vendia caro, menos las conversaciones que se habian abaratado, gracias á los arrieros que acentuaban sus palabras con algunos vasos de un delicioso vino de Rueda. Esta posada era de aspecto humilde y tenia ancha y espaciosa puerta para los viajeros que se tomaban la molestia de entrar. Y decimos molestia, porque se respiraba en ella una atmósfera de aceite y ajos fritos que hacia saltar de los ojos unos lagrimones tamaños como una avellana, se estaba en pie largo rato, esperando cuarto, luego la cena, después la cama y por remate se alcanzaba una mala cama, una mala digestión y un mal almuerzo.

En la posada de Lavajos se encontraban los fardos de los arrieros en hilera como los caminantes en los bancos. Al parecer habia entre los unos y los otros una vida de relacion: aquí se respiraba un olor de fábrica de jabón ó de almacén de bacalao, peculiar á las tiendas donde se comercia al menor. Estos recordaban las aventuras del invierno pasado, aquellos los ladrones de la siecra de Guadarrama; los de mas acá maldecían á los peones camineros y los de mas allá charlaban largo y tendido sobre las contribuciones y los derechos de puertas. Aquí se encontraba el comercio menudo, uraño, avaro, murmurador, retraído y desconfiado, el cual venia á la corte para hacer mas costosa su glotonería. Aquí se fumaba, allí se bebía: á la derecha se enamoraba en seco, á la izquierda se daba comienzo á una pendencia con cierto prólogo á media voz, amen de las miradas torvas y los gestos melodramáticos: todo un cuadro de exposición de los dramas de Bouchardy. Lo primero debia tener un afortunado desenlace en una entrevista á media noche, la que ocultaremos de la vista del malicioso lector, con un telon que podra representar un corredor á oscuras, y dos bollos tentando las paredes hasta encontrarse... pero pasemos de largo... y observemos como la ríñta terminará con algun chirio en la cara ó una paliza dada á la madrugada, bajo el techo hospitalario de la posada.

En medio de los viajeros se destacaba la figura obesa de la mesonera, muger segun cuentas mal avenida con los peñes, y que oliscaba un ochavo de menos en la cuenta mas de prisa pergeñada. En ella estaban simbolizadas las proverbiales largueza y afabilidad castellanas en su horrible desanudez, pero nos equivocamos, porque lo menos malo que llevaba consigo era un pañuelo de manton ribeteado de terciopelo cuasi negro, el cual venia á caer precisamente sobre el empedernido y durísimo corazón de este Cancerbero femenino. Los vasos corrían de mano en mano y los semblantes mas desfallecidos se reanimaban extraordinariamente. Todos á la vez retan y fumaban y cantaban en algunas ocasiones, pero no de continuo, porque emplear los labios en estas quisicosas era un terrible contrasentido en este lugar. En un meson la boca no debe servir para otra cosa mas que para beber y comer.

Antes de que llegase á nuestras manos por vigésima vez un vaso lleno hasta el borde de vino de

Rueda, nos apartamos de los arrieros y á guisa de amantes desairados contemplamos la perspectiva, que teníamos á la vista, con las manos en los bolsillos, un cigarro en la boca y el sombrero sobre las cejas. La tormenta se había aplacado, negras nubes corrian impelidas por el vendabal sobre la sierra de Guadarrama, de los pinos de Navacerrada se desprendía una niebla tan densa como oscura, y hacia el poniente, el sol irradiaba en un cielo polar, esparciendo sus mil rayos de luz como un cubo de cohetes que estalla y salta y vuela y vuelve á caer sobre la apinada muchedumbre. Entonces se acercó á nosotros la mesonera y con aire señorial nos dijo, golpeando familiarmente nuestras aun húmedas espaldas. «Caballero... aunque parezca mucha descortesía... ¿Se ha puesto V. malo?... Pues dígo!... No faltaba otra cosa en mi casa sino la enfermedad de un joven tan robusto como V... Fuera pereza y váyase á ver el baile de los novios en el atrio de la iglesia... Allí se encuentra la espuma de todo Lavajos...»

Las palabras de la mesonera despertaron nuestra curiosidad y á los pocos minutos dimos con nuestro cuerpo en el atrio de la iglesia y compareció á nuestra vista uno de los espectáculos mas originales de que hacen mencion los escritores antiguos y modernos.

La boda de Lavajos tenia las apariencias de una romería y la danza era una especie de ejercicio gimnástico, que mortificaba el cespel con el continuo martilleo de las rondeñas. A primera vista se distinguía una muchacha de diez y ocho á veinte años, enjuta de rostro y abultada de cintura; y no muy lejos de ella un mancebo de camisa limpia y botones de plata en el chaleco; zanquilargo y juanetudo que mas bien parecia ánima en pena que persona de carne y hueso. Estos eran los novios: los héroes de la fiesta, las dos notabilidades del baile (incluso el alcalde), el objeto predilecto de las solicitudes de los jóvenes y la moraleja de las viejas que aconsejaban á sus hijas el cumplimiento de algunas palabras aventuradas en la última vendimia.

(Concluirá.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

La casa de Pero-Hernandez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CAPITULO IV.

Burlas y veras.

Al entrar Diego Perez en la cocina precedido de la bella Aldonza, ofrecióse á la vista de ambos un cuadro verdaderamente original. Los que habian quedado á oscuras, abrazáronse unos á otros no bien se vieron sin luz, creyendo cosa de hechicería la desaparicion del candil, y en esta actitud los halló nuestra interesante pareja, mudos de pavor y con los ojos cerrados, hincados de rodillas en el suelo, é inclinados hacia adelante, sosteniéndose cada cual con sus brazos en los hombros de los demas y uniendo mutuamente las cabezas, formando de este modo un grupo artístico á manera de cono truncado, que no habia mas que pe-

dir. Diegó al verlos de aquella manera, soltó una estrepitosa carcajada.

—Bravo! dijo, me gusta la especie. ¿Pues no están mi amo y el tío Ramon besando á la señora alcaldesa?

—¿Eh? ¿qué es eso? exclamaron á dúo el alcalde y la tia Teresa, abriendo bruscamente los ojos y desasiéndose de sus compañeros.

—Ah! ¿con qué eras tú? dijo el alferéz, procurando ocultar el rosario con que estaba rezando al parecer.

—¿Es él? ¿es él? dijeron los demas, poniéndose todos en pié.

—Yo, ó mas bien nosotros, repuso Diego, porque somos mi perro y yo, y los dos rebentando de salud, pese á todos los diablos del infierno. ¿Mas que hacian vuestras mercedes en la postura en que los encontré? Si es que quieren continuar, y que yo tomé parte en el juego por mi no hay inconveniente; pero ha de ser con la condicion de que entre en rueda la señora Aldonza.

—Eh! basta ya de bromas, dijo el alcalde, y por lo que respeta á esa niña, yo le ajustaré cuentas luego. ¿Así se deja á oscuras á un padre, bajando á abrir la puerta de la calle, sin pedirle primero licencia?

—Yo... dijo la muchacha.

—Oiga! replicó el escudero. ¿Con qué estais enfadado porque vuestra hija me ha abierto? Pues entonces... nada, la cosa se arregla deshaciendo lo hecho. Vamos á dormir á la calle, Señora Aldonza, si queris abrimme...

—¿Cómo es eso? ¿os vais otra vez? exclamó consternado el alcalde.

—¿Os vais? dijeron todos, temblando á la idea de quedarse solos sin su consoladora compañía.

—Como el señor alcalde, dijo Diego, parece amostazado con mi vuelta...

—¿Amostazado yo? Nada de eso. Al contrario, me alegro de que mi hija haya sido la que... Nada, nada! Sentémonos nuevamente al fogon, y decidnos el modo milagroso con que habeis conseguido volver.

—Si, si, que lo cuente, que lo cuente, exclamaron todos en coro.

—Pero que no nos diga cosas espantosas, si es que las ha visto en la calle, añadió la tia Teresa.

—Al contrario, replicó Diego: lo que me ha pasado esta noche es lo mas divertido del mundo.

Y contóles, sin añadir ni quitar nada, cuanto acababa de sucederle.

—Esa es grilla, dijo el oficial, no bien Diego acabó su narracion. Decis que habeis llegado hasta la puerta de ese endemoniado palacio? Valiente sé que sois; mas no lo creo.

—¿No? Pues mañana me creereis mejor.

—¿Y por qué?

—Porque si Dios es servido, pienso antes de oscurer hacer una visita á esa casa.

—Jesucristo! exclamaron todos.

—Y vos, añadió el escudero, me acompañareis cuando entre.

—¿Yo? dijo el oficial: ¡jarre allá!

—¿No? pues entonces entraré solito. Yo he de volver las tornas al bribon que tiró por la cola á mi perro. Pero á bien que he hecho á este promesa de darle de cenar de lo lindo, en compensacion del mal rato. El señor alcalde que es rico, no tendrá á mal desprenderse de algun torrezno para obsequiar al pobre Gavilan.

—La casa echaré por la ventana, dijo el alcalde, no en obsequio de un perro á quien miro con involuntario terror, sino en el del amo que tiene, con tal que nos prometa no insistir en penetrar dentro de esa casa.

—Y por qué os dá miedo mi perro?

—Y á nosotros también nos lo dá, dijeron todos menos el alférez.

—Pero por qué?

—Canario! exclamó el alcalde. ¿Con que decís que ha entrado en esa casa, y queréis que le veamos sin miedo?

Diego conoció que había hecho mal en contar el ingreso de Gavilan en el endemoniado palacio, con lo demás del agarramiento, y así procuró remediarlo echándose de pronto á reír.

—Ja! ja! ja! dijo: ¿pues no se han creído que lo que he contado es verdad?

—Mira si lo decía yo! exclamó el alférez.

—¿Con que no era cierto? dijo el alcalde. ¿Pues á qué ha venido esa broma?

—He querido, contestó Diego, divertirme á costa de vuestras mercedes, en cambio del mal rato que me han dado haciéndome esperar á la puerta.

—Segun eso, interrumpió Aldonza, no os habeis acercado á esa casa.

—Ni Gavilan tampoco, contestó el escudero. Y mal pudiera hacerlo, añadió, cuando mi direccion fué hácia la iglesia, que está al otro extremo del pueblo.

—Ah! fuisteis á rezar, dijo el alcalde.

—Fui á soltar á mi pobre perro, que había caído en un lazo en la plaza en que está la iglesia. Porque es de saber, continuó, que Gavilan, ahí donde vuestras mercedes le ven, descendiendo por línea recta del perro que llevaba San Roque, y así es que un bien eye tempestades, ó vé cosas extraordinarias como las que han pasado esta noche, su primera diligencia es largarse hácia donde suenan campanas, para suplicar á su abuelo, ó á su tatarabuelo, ó lo que sea (que no estoy muy seguro de si es nieto ó bisnieto de aquel perro bendito), interceda con su divino amo para que él lo haga con Dios, y no permita al diablo que ande suelto en perjuicio de los pobres mortales. ¿Amaria yo tanto á Gavilan, sino fuera por esa circunstancia?

—Y había caído en un lazo? dijo el alcalde acariiciando al perro, y pasándole la mano por el lomo.

—En un lazo que me he traído conmigo en prueba de que digo verdad.

Y mostróles el lazo en cuestion, el cual era una argolla de hierro, que abierta parecía dos C C unidas por un eje de metal, y cerrada constituía un círculo casi perfecto. Junto al eje tenía una cadena, la cual estaba asida á un gran clavo que Diego Perez arrancó del suelo cuando libertó á Gavilan de aquel endemoniado corbatín. Lo mas singular de la argolla era hallarse forrada de badana por la parte interior, lo cual indicaba que su objeto era asegurar meramente sin causar el daño mas mínimo.

El escudero despues de mostrarla á todos, dejola colgada en la pared, hincando en ella el mismo clavo á que estaba unida la cadena.

—Y quién habrá armado ese lazo á Gavilan? preguntó Ramon á Diego.

—¿Quién ha de ser? contestó este, el espíritu maligno á no dudar, el cual no queria por lo visto que Ga-

vilan se acercase á la iglesia. ¿Hay en ella por casualidad algun altar dedicado á San Roque?

—No, lo que es altar no lo hay; mas si un cuadro al entrar, junto á la pila.

—Y á qué lado viene á estar ese cuadro?

—Á la izquierda.

—¿Á la izquierda? Pues no hay mas! Es lo que á vuestras mercedes he dicho. Gavilan estaba en la plaza, á la izquierda precisamente del sitio en que se halla el tal cuadro, segun dicen vuestras mercedes.

—Veo que es una alhaja este perro, dijo entusiasmado el alcalde.

—Una alhaja en verdad, replicó Diego; pero perdonad, yo entretanto observo que no me cumplís la palabra de darle de cenar alguna cosa.

—Y por qué no dijisteis antes lo que nos acabais de contar? Dad al perro lo que mejor os plazca, aunque sea toda la cena, que jamones hay á Dios gracias y provisiones abundantes para sustituir lo que se engulla.

—Tan galante sois como rico. Con semejantes prendas, seguro es que le falte novio á la señora Aldonza. ¡Ola! Parece que se ha puesto un si es no es colorada.

—La semana que viene, dijo la alcaldesa, habremos salido de cuidados respecto al particular.

—Por fuerza habiais de ser habladora, replicó su esposo. Cuando yo queria ocultarlo á la chica hasta el momento oportuno....

—¿Es decir, interrumpió el escudero, que querias proporcionar á vuestra hija una de las sorpresas mas gratas que puede tener una doncella, sin decir esta boca es mia hasta presentarle el marido? No me parece mal vuestra idea; pero siento infinito haber dado motivo con mi indiscrecion á la revelacion del secreto.

—La indiscreta ha sido mi mujer y no vos. Mas ya que todo se ha descubierto, no es cosa de ocultar lo que hay. Si señores, la semana que viene asistiréis á la boda.

Mudosele el color á Aldonza al oír estas expresiones.

—¿Qué decís vos á esto? preguntóla Diego.

—Haré lo que quieran mis padres, contestó modestamente la niña. Verdad es que mi casamiento no corría tanta prisa, mas cuando ellos lo han arreglado así....

—Es prueba, replicó el escudero, de que os debe convenir ese enlace: lo creo como creo que mi perro descendiendo del gozquejo de San Roque.

—Y bien lo podeis creer, dijo la alcaldesa: figuraos un mozo adornado de todas las cualidades apetecibles, y tendreis el retrato de mi futuro yerno. Gallardo, comedido, prudente, buen cristiano, y sobre todo muy rico....

—Oh! pues si no fuera rico, ¿seria yo tan necio que le concediese mi Aldonza? Pero mi mujer se ha empeñado en hablar mas de lo que es menester, y bariamos bien en dejar esa conversacion, sentándonos á la mesa.

—Sentémonos en buen hora, dijo Ramon, ¿pero de qué podremos hablar para distraernos, mejor que de una boda?

(Continuará).

MICHEL AGUSTIN PRINCEZ.